

Fernando Arnáiz

**EL INSÓLITO CASO
DEL PÁJARO BOBO**



© Fernando Arnaiz Ibarrodo

Depósito legal: M-006982/2020

Diseño de cubierta: Fernando Arnaiz Ibarrodo

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)



Viernes

Con los bajos del pantalón en llamas, Sito Lomas veía la terraza de su piso alejándose de él, recortada contra el cielo estival, mientras caía desde una altura de once metros. Siempre había imaginado que, en los momentos previos a su muerte, vería pasar ante sus ojos los acontecimientos más felices de su vida, como tantas veces había visto en las películas. Para su asombro —« ¿Es que no puede uno confiar ya ni en el cine?»—, en esos instantes solo podía pensar en dos cosas: en el cuerpo sin vida de su querida Menchu tirado en el suelo de la terraza, con la cabeza rodeada de un charco de sangre, y en el golpe mortal que le esperaba a él mismo en unos segundos, cuando se estrellara contra la acera de la calle.



Doce días antes, domingo

Contempló la cara de muerto matinal que le observaba desde el espejo del baño. ¡Cómo se estropeaban los cuerpos! Las entradas del pelo, suspiró, parecían más profundas que el día anterior. Quizá debería raparse al cero. ¡Para cuatro pelos que le quedaban! Se habían ido distanciando tanto entre sí que ya no alcanzaban a estrecharse la mano. Tal vez no fuera una mala idea después de todo: los tíos jóvenes con la cabeza afeitada, sobre todo los que se daban rayos UVA y se la untaban de aceite, le parecían más vigorosos y seguros de sí mismos. ¿Le gustaría a Menchu? Se dio una ducha rápida y, sin haber desayunado aún —llevaba horas en duermevela con la cabeza hecha un torbellino—, se sentó delante del portátil.

Releyó por enésima vez el título del artículo que le quitaba el sueño: «Del Diario de Tom Ripley». Lo había encontrado navegando por internet, dos semanas atrás. Por casualidad. Bueno, quizá no tanto por casualidad como por tozudez, una disciplina en la que Sito destacaba con luz propia. Era un enamorado de la novela negra. Especialmente, de las novelas de Patricia Highsmith. Y de todas ellas, de una en concreto, *El Talento de Mr. Ripley*. Consideraba a Tom Ripley uno de los personajes más logrados del género. Sentía una auténtica devoción por él. Daba fe de ello el póster colgado en la pared que tenía enfrente: una versión del cartel de la película protagonizada por Matt Damon en la que la cara de este había sido sustituida, con poco arte, por la del propio Sito.

No había publicación sobre Highsmith o la saga de Ripley que escapase a su escrutinio. Fuese en un medio de comunicación tradicional, en un blog, una revista especializada o en alguna de las redes sociales —a las que Sito no dedicaba demasiado tiempo, dicha sea la verdad—. Y aunque los contenidos de los artículos se repetían una y otra vez —algo comprensible dado que Highsmith llevaba muerta un cuarto de siglo—, no perdía la esperanza de descubrir en ellos algo aún desconocido para él.

Fue así como había encontrado el fragmento de aquel diario, publicado por alguien que se hacía llamar Richie Hojaverde. Un nombre a todas luces falso. Porque ¿quién podía llamarse así? Aseguraba el tal Richie haber tropezado con el manuscrito en una librería de viejo de París, y que se trataba, ni más ni menos, que de parte de un diario escrito por el propio Tom Ripley. Un diario real escrito por un personaje de ficción, sí. Algo de todo punto imposible y a lo que el común de los mortales no habría dedicado ni cinco segundos de su tiempo. Lo que no impidió que tanto la autoría del artículo como su contenido fuesen dados por ciertos por un reducido grupo de fanáticos de las novelas de Ripley. De todo hay en la viña del Señor.

Para quienes no estén familiarizados con el personaje, baste decir que se trata de un individuo amable y educado quien, bajo una apariencia normal, esconde un asesino frío, carente de escrúpulos, que justifica sus crímenes aduciendo que solo mata cuando las circunstancias no le dejan otra escapatoria. El único de sus numerosos asesinatos que, de vez en cuando, le produce una pizca de remordimiento —Ripley es plenamente consciente de ello— es el de Dickie Greenleaf. Dickie, el acaudalado y bohemio hijo de una familia estadounidense que aparece en la primera novela de la saga y cuya vida fue segada por Ripley con un solo fin: el de suplantar su identidad y hacerse con su dinero.

A los frikis que tomaron por ciertas aquellas supuestas memorias no les extrañó en absoluto que quien las publicaba, el tal Richie Hojaverde, hubiese adoptado precisamente el nombre castellanizado de Dickie Greenleaf, la primera persona *despachada* por Ripley. Al contrario, tomaron aquello como una señal indiscutible de la veracidad del asunto, y se enzarzaron en una kafkiana discusión sobre quién se escondía bajo aquel seudónimo. La mayoría opinaba que se trataba del mismísimo Tom Ripley o incluso del finado Dickie Greenleaf; dividiéndose a su vez los seguidores de esta segunda opción en dos bandos: el de quienes opinaban que Greenleaf se comunicaba con el mundo real desde el más allá, y el de quienes creían, en cambio, que no había llegado a morir y seguía vivo, en el más acá. No faltaban tampoco, siempre están ahí, quienes consideraban que detrás del diario se encontraba la CIA, el Club Bilderberg, los extraterrestres o, incluso, Paquito el chocolatero.

Sito, pese a no ser lo que se dice un lumbreras, no era tan ingenuo como para creer que el diario fuera auténtico. Y sin embargo, durante aquellas dos últimas semanas, había sido incapaz de quitárselo de la cabeza. Había buscado y rebuscado en la red, esperando que el tal Richie Hojaverde volviese a salir a la luz; que escribiese algún nuevo fragmento del diario o explicase por qué lo había escrito. Pero no había vuelto a dar señales de vida. Fuera quien fuese quien se escondía bajo aquel alias, conocía a Tom Ripley como pocos. ¡El estilo y todo lo que decía resultaban tan auténticos, tan propios de él! ¿Qué pretendía aquel tipo escribiendo y publicando aquel fragmento?

El breve texto, muy sesudo, estaba fechado el 4 de febrero de un año que el autor había omitido, pero que debía ser sin duda 1995, día de la muerte de Patricia Highsmith, la creadora de Tom Ripley. En el mismo, Ripley abundaba en la idea de que él no era un personaje ficticio, sino un ser real, algo particular eso sí, que habitaba en la cabeza de la autora desde muy temprana edad. Y que había sido él quien,

durante unas vacaciones en Italia, la había llevado a escribir su famosa novela *El talento de Mr. Ripley* y sus secuelas. La muerte de la autora había cogido a la autora inmersa en la escritura de la sexta novela de la serie, a la que había titulado provisionalmente *La suerte de Ripley*. Este se lamentaba en el supuesto diario de su pérdida y confiaba en que, con el tiempo, algún diestro escritor le rescatase del limbo en que empezaba a sumirse. Y, con un estilo dramático, digno de una tragedia griega, finalizaba diciendo:

¿Cuánto durará este estado de inconsciencia hasta que otro autor me encuentre escondido en lo más profundo de su mente? No lo sé. Pero llegará el día. Y no seré ya más Tom Ripley, seré... qué sé yo, qué importa el nombre. Aunque seguiré siendo yo en el fondo: un personaje en busca de autor, al que contarle la historia de mi vida. Una nueva vida que tengo ya pergeñada, y en la que no habrá más Grenleafs ni más Heloises, ni más Reeves, ni ninguno de esos otros personajes que me han venido acompañando y que son ya un obstáculo, una amenaza, para mi nueva existencia. Es hora de que me deshaga de ellos. Otros me acompañarán. Hay cientos, miles de personajes como yo, esperando ser escuchados por un escritor atento.

Me noto cansado. Va siendo hora de dormir. Puede que sea un sueño largo, pero regresaré. Estoy seguro de ello.

Cada vez que lo leía, a Sito se le saltaban las lágrimas. No solo por aquel patético final, sino porque hacía que creciese en su interior la sensación de que aquellas últimas líneas, si no el diario en su conjunto, habían sido escritas para él. A fin de cuentas, ¿quién conocía mejor que él las novelas de Highsmith, y al propio Ripley? ¿Por qué no podía ser él ese autor buscado por el personaje, el creador de un nuevo y remozado Tom Ripley? Sito estaba convencido de que en su interior se

escondía un portento de las letras, y que era solo cuestión de tiempo que el maravilloso escritor que llevaba dentro terminase por aflorar y se encumbrase como el nuevo maestro de la novela negra. Sus fracasos literarios —un par de penosos relatos breves presentados sin éxito a un concurso local y un aborto de novela que no había pasado de las quince primeras páginas— se debían, según él, a que no había encontrado aún la historia y el personaje adecuados. Pero, se decía, ¿cuántos autores habían conseguido triunfar con su primera novela? Era cuestión de tiempo que la musa adecuada llamase a su puerta.

Ahora, por fin, parecía llegado el momento. Tenía *el personaje*. Lo conocía como nadie. Y tenía *la historia*: hacía mucho que no dejaba de darle vueltas a una idea, la de matar, imaginariamente por supuesto, a su jefe. No lo soportaba, y empezaba a estar harto, pero que muy harto, de cómo trataba a Menchu. La veía sufrir un día tras otro. Según Cárdenas —ese era el nombre de su jefe—, su amiga, de la que Sito estaba secretamente enamorado, lo hacía todo mal. Cárdenas no desaprovechaba la ocasión para dejarla en evidencia, injustamente, delante de los demás. Ella apenas protestaba, convencida de que hacerlo complicaría aun más su situación. Su jefe era, después de todo, un especialista en fastidiar a sus subalternos. No importaba que te hubiera hecho ya la vida imposible, siempre era capaz de más. Capaz de inventarse un nuevo cometido totalmente innecesario o sin sentido, de asignarte un trabajo que sabía solo podías realizar fuera de horario, o de —y en esto era un consumado experto— averiguar qué tarea aborrecías, para asignártela; eso sí, con una sonrisa, un par de palmaditas en la espalda y un «Estoy convencido de que eres la persona más indicada para llevar a cabo este trabajo». Un auténtico hijo de perra, en resumidas cuentas.

De ahí que cada vez que Menchu soltaba un «Así le dé un yuyu y se quede en el sitio», Sito empezara a elucubrar de qué manera podría cargarse a Cárdenas sin que le pillaran. Y aunque era algo que no

pasaba de ser un puro ejercicio mental, le reconfortaba. Ahora, sin embargo, tenía la oportunidad de llevar a cabo su *vendetta* siguiendo los pasos de su adorada Patricia Highsmith, dándole muerte, una espantosa muerte a ser posible, en una novela. Una novela que le permitiría resarcirse de los malos momentos que Cárdenas había hecho pasar no solo a Menchu —su querida Menchu—, sino también a él y a muchos otros en el museo. Y con la que podría disfrutar de su particular venganza leyendo y relejendo su imaginario fin a manos del *alter ego* de un personaje de la talla de Tom Ripley.

Se levantó y se acercó a la ventana. Miró a la calle, abstraído, pensando en la pregunta que se hacía Ripley en las últimas líneas de su diario: «¿Cuánto durará este estado de inconsciencia hasta que otro autor me encuentre escondido en el fondo de su mente?». Era hora de que alguien lo rescatase. Y ese alguien no podía ser otro que él mismo, Sito Lomas.

Se puso en pie y se dirigió a la cocina, dispuesto a coger fuerzas. Necesitaba un desayuno en condiciones. Tras despachar un plato de sopa de un brik con fideos largamente caducado y un bocadillo de un macilento salchichón, más blanco que grana, regresó al salón. Con el estómago lleno y el ánimo encendido, se dispuso a ejecutar su ansiada revancha literaria, incapaz de imaginar a qué delirantes circunstancias le llevaría su empeño. Para su asombro, las palabras fluyeron con una facilidad pasmosa.

El talento del señor Prado

por Sito LómaX

Capítulo 1. El mendigo

Bajó del autobús a tres manzanas de distancia. Madrugada de un martes, lluvia intermitente y calles desiertas. Había escogido bien el momento. El aire olía a limpio por primera vez en varias semanas. Se subió la capucha, abrió el paraguas y comenzó a andar. Un taxi solitario se aproximó de frente, aminorando la marcha, desesperado por hacerse con un cliente. Tomás Prado bajó la cabeza y apuró el paso. Llegó a un cruce, se refugió en un portal y comprobó por décima vez el contenido de la bolsa. Satisfecho, levantó la mirada en dirección al edificio situado al bies, al otro lado de la calle. El portal estaba remetido metro y medio en la fachada, y a su derecha, bajo el escaparate de una tienda de licores, un vagabundo dormía arrebujado en su saco de dormir, cubierto por una manta y un gran plástico de color azul. No se movía. Esperó un rato. Tenía que asegurarse.

Miró a ambos lados de la calle y levantó la vista hacia las ventanas de las casas situadas enfrente. Todo el mundo descansaba ya, salvo en uno de los últimos pisos, en el que una luz cambiante indicaba la presencia de un televisor encendido. Cruzó la calzada y elevó de nuevo la mirada, esta vez hacia la fachada del edificio en cuyo portal se había refugiado hacía unos instantes. Ni un alma. Siguió caminando hasta que estuvo a un par de metros del hombre. Seguía sin moverse. Le oyó roncar. Miró las bolsas y el carro de la compra situados tras él y a sus pies. Procurando no hacer ruido, abrió la bolsa, sacó un cartón de vino y retiró la pinza metálica con la que lo había cerrado, cuidándose mucho de no rasgar los guantes de nitrilo que llevaba puestos. Se acercó con sigilo hasta la cabecera del saco de dormir, cogió el brik casi vacío que el vagabundo guardaba en una esquina y lo cambió por el que había sacado de la bolsa. Miró el bulto formado por el cuerpo del hombre durante un instante y regresó por donde había venido, protegido por la oscuridad y la soledad de la noche. «Espero que la dosis sea suficiente», pensó.